

PERSPECTIVA MUNDIAL

S. M.

El Papa peregrina a Tierra Santa.

A comienzos de Enero se produjo un acontecimiento desacostumbrado en los fastos del Vaticano: el Papa peregrinó a Jerusalén y Belén, donde celebró los divinos oficios, fue recibido por árabes y judíos con delirante entusiasmo, lo mismo que por sus gobernantes y además (y esto fue lo más importante) celebró una cordial entrevista con Atenágoras el Patriarca ortodoxo de Constantinopla. La prensa mundial se hizo eco de este fenómeno singular y comentó favorablemente el paso dado por Paulo VI, augurio de nuevos contactos y acercamientos entre todos los que creen en Dios y esperanza de una futura unión con los hermanos separados que pertenecen a la Ortodoxia.

Entresacando lo más importante de lo que entonces se dijo, ponemos aquí un breve resumen del viaje, pues creemos agrada a nuestros lectores revivir de nuevo las gratas impresiones que los telegramas de la prensa diaria le hicieron sentir entonces. (1)

Salida de Roma.

"Llevaremos al Santo Sepulcro y al Portal de la Natividad los deseos de los individuos, de las familias, de las naciones; las ansiedades y sufrimientos de los enfermos, de los pobres, de los desheredados, de los afligidos, de los refugiados y de todos aquellos que sufren; de "aquellos que lloran, de aquellos que tienen hambre y sed de justicia" —dijo el Papa al abandonar Roma el día 4 de Enero entre un incesante volteo de campanas, con el que todas las iglesias de la Ciudad Eterna se asociaban al júbilo de la Cristiandad—.

El avión papal, adornado con los colores amarillo y blanco, voló sobre el Mediterráneo poco más de tres horas, camino que Pablo de Tarso invirtió 18 años en recorrer, mientras Paulo VI saludaba por radio al Rey de Grecia, al Arzobispo Makarios de Chipre, al Presidente de la minúscula República del Líbano, católica cien por cien, al Presidente de Siria y al Rey

(1) Citamos ampliamente, sobre todo, las delicadas crónicas de José María Pemán y las interesantes y periodísticas de Luis María Anón, publicadas en "ABC".

de Jordania, a medida que la majestuosa nave aérea iba pasando veloz por encima de cada uno de esos territorios.

Llegada a Jordania.

El Reino de Jordania ocupa la mitad oriental de Palestina y está formado por la población árabe que desde siglos ha habitado aquellos parajes. Comparte con Israel la posesión de la ciudad santa de Jerusalén dividida, al estilo de Berlín, por una zona neutra, que vigilan las Naciones Unidas. A pesar de ello hay una constante alerta entre los dos suspicaces vecinos y no es raro que estallen acá y allá breves tiroteos. Pero el día de la visita del Papa se olvidaron todos los rencores y la pequeña puerta de Mandelbaum, siempre protegida con gruesas alambradas, se abrió de par en par para dejar paso a la augusta figura del Sumo Pontífice.

En el aeropuerto de Ammán se había levantado un estrado blanco para recibirle. Cuando el avión se detuvo, el Rey Hussein se adelantó a saludarle mientras la guardia real presentaba armas. Al aparecer el Santo Padre en lo alto de la escalera, la multitud comenzó a gritar en árabe "Viva el Papa". "En nombre del pueblo árabe —declaró entonces el Rey Hussein de Jordania—, en nombre de todos los pueblos que creen Dios, os ofrezco mi gratitud por vuestra visita a nuestro suelo". "Vamos a unir nuestras plegarias —respondió Paulo VI— para que reine la paz. Majestad, estamos seguros de que Ud. trabajará por la paz y por la felicidad de la humanidad".

El automóvil que le conducía avanzó hasta el río Jordán por entre las filas disciplinadas de árabes y otros muchos visitantes extranjeros que le aclamaban, y se detuvo no lejos del lugar en que la tradición pone el bautismo del Señor. Allí el Papa pisó emocionado por primera vez la Tierra Santa y oró con recogimiento, acompañado de todos los circunstantes.

Entra en Jerusalén.

Todos están vencidos por la emoción. Pedro después de dos mil años volvía otra vez a Tierra Santa. Llega el cortejo a Betania. La de Marta y María. La de Lázaro. La casa de la

fuelle. El diminuto pueblo bíblico ceñido en la ladera del monte de los Olivos. Suenan las campanas, mientras el Papa asiste a una breve ceremonia religiosa.

Y Pablo VI hace su entrada en Jerusalén casi por el mismo sitio que Jesucristo el Domingo de Ramos. A un lado se asoman los mismos olivos milenarios que vieron la agonía de Cristo, los del Huerto de Getsemaní. Todo el monte, desde el punto donde se produjo la Ascensión hasta la falda, rodeada hoy por una autopista, está pendiente del paso del Papa. Las gentes llevan palmas. Pablo VI mira hacia el lugar donde Jesús lloró por Jerusalén. Lloró por el desgarramiento de la ciudad. Lloró por la debilidad y la dejación y la codicia. Lloró por éste y por el otro. Lloró por ti y por mí... La puerta dorada por la que entró el Señor en Jerusalén se encuentra cerrada, porque donde antes estaba el templo se alza ahora la mezquita de Omar.

Caen los olivos y las flores, el romero, al paso del Santo Padre. Una lluvia de verde pávido. La multitud agolpada y fervorosa enronquecida de gritos y de aplausos: "Ahlan wa sahlan" (Seais bienvenido entre nosotros), "Viva el Papa". El Papa tarda en descender del automóvil más de quince minutos, porque la aglomeración de los que quieren acercarse, ver al Pontífice, se lo impide. Está a punto de ser arrollado por la multitud. Después de ser saludado por las autoridades de la ciudad avanza con dificultad, rodeado de los cardenales, los prelados, los patriarcas y los jefes de las órdenes religiosas. Al Papa más que verlo, hay que adivinarlo en relámpagos blancos, entre mitras de griegos, chisteras de diplomáticos, tricorrios de caballeros de Malta y del Santo Sepulcro, "keffiyes" de beduinos y turbantes de sirios y libaneses. Los libaneses se han volcado todos en Jerusalén.

Dentro de las callejas de la Vía Dolorosa todo ocurre fuera de programa. Se ha constituido por sí sola, viva y palpitante, la "Iglesia de los pobres". Al Papa le llega el que puede. Le tocan la sotana los que sacan fuerzas del deseo. Y el Papa, con los ojos entornados, debe sentir esa sacudida eléctrica de la fe sencilla, que sintió Jesús cuando le tocó el ruedo de su vestido aquella mujer del Evangelio: hoy se acercan también a su representante en la tierra todos los que no tienen otro apoyo sino la esperanza en Dios. El zoco, aunque lleno de guirnaldas y retratos del Papa, conserva su fisonomía. No ha habido "cierre de los comercios" al modo occidental de entusiasmo dirigido. Por ello el Papa marcha entre hortalizas, alfombras, frutas, cebollas, cántaros. Hoy se vende además Esperanza en el gran mercado de Jerusalén.

No puede haber Vía Crucis, propiamente tal. El Papa lucha por salvar su "humilde peregrinación": "Señor! Nosotros hemos venido a estos lugares como el culpable retorna al lugar de

su pecado —dijo el Papa haciendo un alto para evocar la muerte de Jesucristo— para golpear nos el pecho en señal de penitencia, para implorar vuestra misericordia. Sabemos que Dios quiere nuestro perdón, porque Vos sois nuestro Redentor. Confiamos en vuestro perdón. Haced que podamos disfrutar también de vuestra misericordia. Dadnos la fortaleza suficiente para perdonar a nuestros prójimos, con el fin de que nosotros seamos perdonados del mismo modo Oh Señor, Redentor y Mediador nuestro!"

El Papa celebró la santa misa en la basílica del Santo Sepulcro, vacía de gente para que pudiera haber el cortejo pontificio, iluminada intensamente por los proyectores de la televisión. Al recitar el Papa el "Pater Noster" los asistentes repiten la oración dominical puestos en pie y finalizada la misa reciben la bendición papal, seguida de las "aclamaciones carolingias" cantadas por el coro y repetidas por la multitud: "Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat".

Entrevista con el Patriarca ortodoxo griego de Jerusalén.

En la Delegación Apostólica, ubicada en el Monte de los Olivos, recibió el Papa al caer de la tarde al Patriarca ortodoxo griego de Jerusalén, Benedictos.

En el curso de la entrevista Su Santidad habló de "que se estaban realizando esfuerzos para eliminar todos los puntos de fricción" entre los cristianos "desgraciadamente separados". Pablo VI señaló que "estaba consciente del profundo significado de esta entrevista en Jerusalén" y apeló a "todos cuantos se glorían del nombre de cristianos" a "penetrar con Nos el espíritu de esta peregrinación". Su Santidad terminó diciendo: "Imploramos todos juntos la extraordinariamente deseada gracia de la unión entre todos los discípulos del Evangelio".

Seguidamente Paulo VI recibió a los prelados católicos de rito oriental. En esta ocasión Pablo VI pronunció un discurso que constituye un himno al Oriente, a la unidad de los cristianos y a la caridad entre los hombres. Tras afirmar que había acudido a Tierra Santa como un peregrino, el Papa dijo: "Nadie puede olvidar que cuando Dios quiso elegir una patria como Hombre, así como una Familia y una lengua, es a Oriente a quien lo pidió. Cada iglesia local ha crecido con su personalidad y sus costumbres, su manera de celebrar los Misterios. Este es el origen de nuestra diversidad en la unidad, de nuestra catolicidad, propiedad que fue siempre esencial a la Iglesia de Cristo y cuyo espíritu nos ha permitido realizar una experiencia nueva en nuestra época y en el mundo".

Todavía tuvo el Papa fuerzas para asistir a una hora santa en la iglesia de la Agonía, construida en Getsemaní, —lugar donde oró el Se-

ñor y pasó su noche de agonía al principio de su Pasión—. Terminada la misa a la que asistió el Papa, y dado el "beso de paz" con los cardenales y patriarcas asistentes, se retiró bien entrada la noche a descansar a la Delegación Apostólica.

Entrevista con el Patriarca Atenágoras.

El Patriarca Atenágoras, Jefe de la Iglesia Oriental con sede en Constantinopla, llegó expresamente a Jerusalén para entrevistarse con Paulo VI, movido de un sincero deseo de unión manifestado ya el 6 de Diciembre en un sermón que pronunció en la Iglesia de San Nicolás de Estambul.

Por razón del número de seguidores de este grupo (137 millones) la visita de Atenágoras al Papa es la que supone mayor importancia en orden a la futura unión de las iglesias cristianas. Al recibirlo en la Delegación Apostólica el día 5 de Enero pasado el Papa declaró:

"Grande es nuestra emoción y profunda nuestra alegría en esta hora, verdaderamente histórica, en que después de siglos de silencio y expectativa, la Iglesia Católica y el Patriarcado de Constantinopla se reúnen de nuevo en las personas de sus más altos representantes". "Es apropiado por tanto —y la Providencia así lo ha permitido— que sea en este lugar bendito y sagrado por toda la eternidad de la Tierra Santa, donde se reúnan como peregrinos de Roma y de Constantinopla, en común oración". "Esta reunión es una elocuente manifestación de la profunda buena voluntad que, gracias a Dios, anima ahora más que nunca a todos los cristianos verdaderamente dignos de este nombre". "Las divergencias de naturaleza doctrinal, litúrgica y disciplinaria —añadió— deberán examinarse en el lugar y hora oportunos".

Vuelta del Papa a Roma.

El mismo día 5 por la tarde salió el Papa de Jerusalén camino de Amman, siendo despedido honoríficamente por las autoridades israelíes. En la puerta de Mandelbaum se había levantado una tribuna donde el Presidente de Israel, Shazar, recibió al Papa y pronunció una alocución en hebreo en la que subrayó que el pueblo israelí aspiraba a la paz y deseaba que todos los pueblos se beneficiaran de ella. "Bendito sea

nuestro huésped —añadió— en nuestra ciudad de Jerusalén, la ciudad de David y los Profetas". El Papa respondió en francés: "Al término de esta memorable jornada, quiero expresar nuestra satisfacción por esta visita y la acogida que se nos ha reservado en un país en el que acabamos de vivir el Antiguo y el Nuevo Testamento". Evocó la memoria de Pío XII y expresó su sentimiento por "las calumnias de que fue objeto el nombre de este gran Pontífice", recordando cómo después de la guerra hubo muchos que acudieron a darle las gracias por haberles salvado la vida.

Mientras sonaban las trompetas, se inclinaban las banderas y rendía armas un destacamento del ejército israelí, el Papa pasó al territorio jordano acompañado de los gritos de despedida de la multitud congregada allí.

Las autoridades jordanas, entre las que se destacaban el Gobernador de Jerusalén y el Comandante del frente occidental, recibieron al Sumo Pontífice del otro lado de la frontera, rodeados también de otra gran muchedumbre que había estado esperándole pacientemente durante mucho tiempo.

A su llegada a Roma el día 6 en el mismo avión que le había conducido a Amman dos días antes, halló una delirante multitud de romanos que le aclamaban y daban la bienvenida a su ciudad, no sólo por las calles del recorrido sino en el aeropuerto de Ciampino. Allí se encontraba el Gobierno italiano y a su cabeza el Presidente Segni para darle también la bienvenida y recibirlo, lo mismo que habían asistido a la despedida.

—o—

De entre todos los viajeros más o menos ilustres, que dan vueltas y vueltas al mundo ofreciendo una paz y una felicidad que nunca llegan, y que suelen ser objeto de recibimientos apoteósicos, sólo hay hasta ahora uno, uno sólo y bien ilustre que se ha desplazado para ofrecer algo mucho más objetivo e importante: la paz de las conciencias turbadas, la unión en la fe en Cristo y en la esperanza de un más allá, donde cesará todo llanto y toda turbación. El mundo entero se ha quedado asombrado, y no acaba de salir de su pasmo ante el descubrimiento de que exista aún en la tierra gentes tan llenas de amor al prójimo y tan desinteresadas como Paulo VI.